

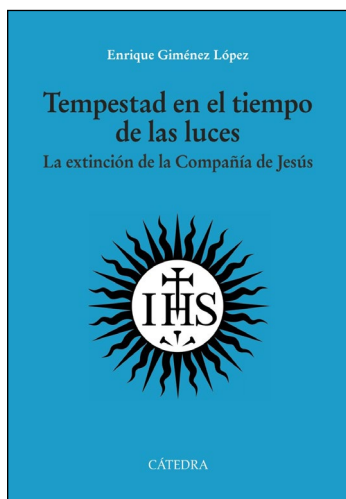
REVISTA DE HISTORIA MODERNA

ISSN: 1989-9823

N.º 40, 2022, pp. 379-385

<https://doi.org/10.14198/RHM2022.40.14>

Cita bibliográfica: GÓMEZ URDÁÑEZ, José Luis, «Enrique Giménez López, *Tempestad en el tiempo de las luces. La extinción de la Compañía de Jesús*, Madrid, Cátedra, 2022», *Revista de Historia Moderna*, n.º 40 (2022), pp. 379-385, <https://doi.org/10.14198/RHM2022.40.14>



Enrique Giménez López,
*Tempestad en el tiempo
de las luces. La extinción
de la Compañía de Jesús,*
Madrid, Cátedra, 2022,
552 pp. ISBN: 978-84-
376-4462-2

JOSÉ LUIS GÓMEZ URDÁÑEZ
Universidad de La Rioja

No se puede decir que un libro de historia es definitivo, pero esa es la impresión que queda tras leer la reciente aportación magistral de Enrique Giménez. Todo lo que sabíamos gracias al gran investigador de la historia de los jesuitas y a la «escuela de Alicante» se completa con estas páginas, escritas como ya presumíamos con rigor científico y claridad de ideas, siempre resaltando lo importante, oculto a menudo entre la enorme cantidad de documentación y de bibliografía existente (y de libelos y falsificaciones), pero dejando hablar a todas las voces, escuchando sus reflexiones. Este es el gran hallazgo metodológico de Giménez (que tanto nos recuerda a nuestro querido maestro Rafael Olaechea), pues obliga al lector a pensar, sin sentirse como un párvulo dócil que sigue al maestro omnisciente: algunos deberían incorporarlo para distinguir historia de opinión. En suma, todo el edificio está sustentado por una vastísima documentación procedente de los archivos, pero también por el tratamiento sereno de lo que tantas controversias suscitó y suscita: aquella «tempestad en el tiempo de las luces», o si se quiere, en el tiempo de los déspotas, o mejor aún: en el



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

tiempo de la «real gana». Como le dijo Fernando VI a Isabel Farnesio antes de expulsarla a La Granja, «lo que yo determino en mis reinos no admite consulta de nadie». Todo lo que ayudara a orientar, controlar esa determinación regia «absoluta», era decisivo, y en ello destacaron como nadie los jesuitas. «Murieron de éxito», suele decir Enrique Giménez.

El primer capítulo del libro se dedica, precisamente, a los soberanos, a «los primogénitos hijos de la Iglesia», unidos con el fin de lograr del papa la extinción de la Compañía tras haberla expulsado de sus reinos después de terribles sucesos que habían puesto en entredicho su autoridad. Ahora se sabía que «los jesuitas habían atizado los tumultos desde el púlpito, los libelos y el confesionario, para 'alucinar' a las gentes y propagar rumores sobre los pecados de Carlos III». Con aparente suavidad, pero con la acostumbrada dureza, los reyes –de Portugal, de Francia, de España– se habían defendido por medio de sus ministros, que habían reprimido los motines –«horrible y espantosa sedición»–, o los atentados regicidas, usando la justicia, llegando incluso a ejecutar algún cabecilla, como Juan Salazar Calvete en Madrid –sentenciado por la Sala de Alcaldes presidida por el conde de Aranda–, o como el padre Malagrida en Lisboa, «regicidas», como también Damiens, el acusado de atentar contra Luis XV.

Aun así, los ministros de esos soberanos –Pombal, Choiseul, Campomanes, Roda, Du Tillot, Tanucci– seguían temiendo que la soberbia de los jesuitas y su probada protección papal provocara, con artes perfeccionadas por el secreto y avivadas por la venganza, la continuación de sus «horribles blasfemias de exterminar a la augusta Casa de Borbón» (Campomanes). El Monitorio de Parma, al que se dedica el capítulo segundo, fue el «desencadenante», como certeramente propone el autor. El papa, como se temía, reaccionó con dureza, aunque no directamente, sino ladeando el espinoso insulto a su autoridad que había supuesto la expulsión. El duque de Parma, sobrino de Carlos III, también había desterrado a los ignacianos, pero un mes antes había publicado un edicto imponiendo su autoridad contra la del papa, que reaccionó nada menos que excomulgando al duque. Giménez trae aquí una vez más los testimonios del vitriólico Azara, agente de preces en Roma y amigo del conde de Aranda, que vio en el monitorio del papa una «declaración de guerra espiritual» y no dudó en lanzar sus acostumbrados dardos contra sus instigadores, obviamente los jesuitas. Con más dureza aún respondió el fiscal Campomanes, que denominó a la reacción papal «segunda ofensa de Su Santidad» –recordando la primera: impedir el desembarco de los jesuitas españoles en sus dominios– y la amplió a «todos los príncipes católicos, y con particularidad a los de la Augusta Casa de Borbón», también Nápoles y Parma, por tanto, y Portugal, cuya reina era

hermana de Carlos III. Ya solo quedaba lograr que las monarquías ofendidas declararan al unísono ante el papa la culpabilidad de los que habrían aprovechado «el candor y mansedumbre nativa de Clemente XIII», dominado por los resentidos jesuitas y enfermo, próximo a la muerte.

Así pues, todo confluía en lograr que el siguiente papa extinguiera la Compañía, lo que hacía necesario «preparar» concienzudamente el cónclave. Con maestría, Giménez desgrana los argumentos de todos los ministros y embajadores de «las coronas», en tantos asuntos discordantes, pero en este unidos rotundamente. También va destacando una figura, que Giménez eleva a responsable principal del éxito de la operación: el embajador español Moñino, premiado luego con el título de conde (de Floridablanca, como él mismo propuso a Carlos III). No había ninguna duda, solo había que acordar la estrategia, empezando por investigar la actitud de los cardenales, conocer su reacción al soborno (lo que a nadie sorprendía hablando de las cosas de Roma), sus fobias y sus filias, su posición, en fin, sobre la Compañía. Los capítulos dedicados a la preparación del cónclave del 69, del que saldrá el papa de la extinción, el cardenal Ganganelli, Clemente XIV, están escritos con gran maestría narrativa y permiten un conocimiento «micro» de las relaciones diplomáticas de los gobiernos católicos y Roma, con profusión de personajes y hechos y algunos pasajes deliciosos sobre las intrigas por dentro –memorable el «miedo al barco» de los enviados españoles al cónclave–, las «escaramuzas», empezando por la clasificación de los cardenales papables en «buenos, pésimos, vitandos, malos, dudosos o indiferentes» y contando con la opinión sarcástica de Azara, que veía «difícil que el Espíritu Santo se asiente sobre ninguna de sus cabezas» (se refería, claro está, a las de los «buenos»). Son cien páginas magistrales las dedicadas a desentrañar el cónclave, las que preceden al capítulo 6, *1773, el año del fin*, el fin de la Compañía, decretado por el papa de Roma ante el estupor general de los hijos más queridos y de muchos fieles afectos, desorientados, algunos aterrados ante los vaticinios, profecías, milagros y señales de la turbación de los tiempos que se sucedieron tras el gran suceso (lo que de paso nos hace reflexionar sobre quién y quiénes dirigen en el fondo la llamada religiosidad popular).

El capítulo 7 es sencillamente extraordinario. Habían sucumbido los jesuitas, ahora se trataba de «la extirpación del jesuitismo». Porque se daba por seguro que con sus malas artes seguirían adelante con sus planes y cada día se hacía patente, pues no cesaban los rumores, los pasquines, las invenciones más grotescas. «Las raíces han quedado por todo el mundo», escribía el sinuoso Roda. También los jesuitas veían a sus enemigos como miembros de una monstruosa conspiración mundial, la que ya se había insinuado en España

en tiempos del padre Rávago; para el padre Luengo, el duque de Alba era «uno de los primeros que entraron en el empeño de arruinar a los jesuitas de España (...) empezando desde la ruina del marqués de la Ensenada». Otros llevaban el comienzo de la conjura a la guerra de los guaraníes, trampa fatal para la Compañía ideada por un perverso Pombal, tan tiránico contra los jesuitas como su rey José I. La conjura internacional del mismísimo demonio habría empezado minando la autoridad de los reyes y de la Iglesia, «unidos francmasones, jansenistas y filósofos», aunque los soberanos no eran conscientes de que los secuaces, disfrazados con el título de ilustrados, habían ganado a varios de sus ministros. A partir de ahora, la tempestad entra de lleno en el terreno de las Luces, el combate contra la Ilustración, y se extiende a las «cuatro partes del mundo», pues en ellas seguía habiendo jesuitas dispuestos a resistir (o a mundanizarse, a veces con escándalo de los padres más viejos y firmes). Giménez nos lleva, primero a Rusia, Austria y Prusia, donde los soberanos se niegan a aplicar el breve de la extinción –capítulo 8, *Renacer entre los hielos del norte*–, después a Goa, Tonkin, Macao, Manila, México, Lima, donde el absolutismo impide cualquier contestación: es la geografía mundial jesuítica, también una inteligente descripción del poder realmente «católico» de la Compañía, aunque era Italia, en especial los Estados de la Iglesia, donde vivía el grueso de sus efectivos, los procedentes del gran exilio –la mayoría, españoles–, y sus cabezas dirigentes, con el padre general, Rizzi, preso e incomunicado, como algunos otros padres.

El papa de la extinción, Ganganelli, también murió pronto. Como en tantas ocasiones, era de esperar que se explotara la dimensión política de una muerte papal, pero en este caso las reacciones fueron disparatadas: Clemente XIV habría muerto envenenado (los jesuitas culpables), o tenía sífilis (los jesuitas propaladores de bulos), o su corazón, como se vio en la autopsia, era «muy pequeño y muy duro», en correspondencia a «su modo inhumano y cruel» de tratar a la Compañía. En fin, el papa difunto, equiparado a Nerón, decían que había sido «jansenista, luterano y judío», en palabras de Luengo, que estaba horrorizado por la lluvia de pasquines que caía sobre Roma. Pero igualmente asombrado de la contraofensiva, que llegó a la locura de proponer a Ganganelli para santo y considerarle incluso «un prodigioso taumaturgo», con las consiguientes burlas de los romanos cuando iban conociendo los milagros ridículos que se le atribuían. Giménez retrata, reuniendo fuentes de todo tipo, el abigarrado panorama romano de la coyuntura: cartas cruzadas entre los ministros –ahora más activos los Bernis, Migazzi, Grimaldi, etc.–, pasquines y libelos –hasta una ópera, atribuida al gran Metastasio, se dedicaba a airear los diferentes apoyos de los papables–, profusión de papeles con seudónimo en contra y

a favor –algunos traídos a España para ser impresos, por Nipho, por ejemplo–. Esa atmósfera vaticana sofocante vuelve a ser reflejada con mano maestra por Enrique Giménez, cuya pluma se desliza un tanto hacia la literatura, sin perder el rigor, mezclados todos los géneros, la novela negra, la de humor, el drama, la ópera bufa. Así lo requiere el alocado mundo romano de este tiempo.

El próximo cónclave, el del 75, al que está dedicado el capítulo 11, *Unión, secreto, fidelidad y prudencia*, prometía ser tan enmarañado que Floridablanca le decía a Campomanes que iba a «aprender todas las intrigas y artificios de estas gentes». El murciano, el gran triunfador, pronosticaba –y acertó– «si llego a viejo seré muy marrullero». Lo fue también en Roma en esta segunda ocasión, cuando le quedaban más de 15 años de servicios al Estado y pocos meses para ser ministro; nadie lo dudaba, pues de nuevo se mostró como maestro consumado, aunque el papa que salió, Pío VI, fuera para él «un mal menor». El murciano intentó «lograr cosa mejor», pero al fin, «me rendí»: «yo no he podido más». El elegido, el cardenal Braschi, Pío VI, acabaría enfrente de la revolución, preso y muerto en el exilio, «ridiculizado en los opúsculos revolucionarios como ‘tirano’, ‘lupo mitrato’, o ‘cittadino papa’», también resignado ante la tenacidad de los jesuitas, que se agigantaban a cada paso que daba la revolución en Francia, más aún tras la aparición de Napoleón en Italia. Como concluye Giménez: Pío VI iba a ser el papa que permitiría reverdecer el terebinto de la Compañía de Jesús (el terebinto es una planta muy común, de la familia que produce los conocidos pistachos): ya «en privado, el 1 de abril de 1780 había calificado la extinción de injusta y afirmado que únicamente las circunstancias políticas impedían su restauración».

Floridablanca había vuelto a España triunfalmente, mientras Grimaldi –hecho duque por Carlos III– era nombrado embajador en Roma y, como tal, habría de tratar con Pío VI, pero también con el inefable Azara, que volvía a su observatorio romano (para deleite nuestro, que podemos leer sus burlas). Los jesuitas recordaron las contradicciones del suave abate genovés, ministro y amigo de Carlos III, amigo del gran antijesuita Choiseaul, pero también íntimo del *jesuitón* Ensenada, de quien se consideraba «hechura». Al pasar por Génova de camino a Roma se decía que había dejado caer que los jesuitas hacían falta en España para muchas cosas, sin embargo, nadie osaría poner en duda que su misión era impedir a toda costa –de consuno con Bernis y Azara y los demás embajadores de las «coronas»– cualquier gesto del papa a favor de los ignacianos. Y sin embargo... reverdeció el terebinto.

El capítulo 14 se abre con la célebre profecía de una religiosa de las capuchinas de Murcia, a la que Jesús se le había aparecido y le había revelado que los expulsos eran sus hijos más queridos. Un terebinto seco que había florecido era

la prueba. Sin embargo, los jesuitas caían una y otra vez en la desesperanza ante las indecisiones del papa; vivían la «ilusión del retorno», pero nada se materializaba en la espera: «faltos de sueño y alimentos, oprimidos del dolor, de la pena y la fatiga y hartos de llorar, andamos todos pálidos, transidos, desmayados y casi sin aliento». Así describía Luengo los muchos desengaños tras agigantar ellos mismos las señales de que el nuevo papa rectificaría a Ganganelli. Pero de nuevo la esperanza estaba en los hielos del norte, en Bielorrusia, la zarina, los polacos (como no recordar al jesuita Olaechea cuando decía: «el niño Jesús nació en un pesebre, donde menos se espera salta la liebre»). «Un primer paso hacia la restauración de la Compañía se dio en octubre de 1782, con la elección del prepósito general y un provincial en Bielorrusia». Pronto daría el paso el primer Borbón: el duque de Parma, Fernando, sobrino de Carlos III y nieto de Luis XV, que en 1793 solicitaba el envío de tres jesuitas «para recuperar la acción educativa de la Orden» y animaba a Carlos IV a sumarse a su iniciativa; añadía en carta al rey: «tu augusto padre y tío mío» fueron engañados, etc. Enrique Giménez hace desfilar ahora a los responsables, sufriendo de distintas maneras para demostrar el castigo: «habían irritado al cielo contra sus personas y familias». El propio Carlos IV –seis hijos perdidos entre 1774 y 1794–, Godoy odiado y desterrado, pero también Jovellanos preso, como lo había estado Floridablanca; la misma guerra de la independencia, la heroica Zaragoza y la Virgen del Pilar, eran una señal.

La elección del cardenal Chiaramonti, Pío VII, en 1800 en el conclave veneciano –tan distinto a los dos anteriores– había sido promisoria. «Los ‘frutos fértiles’ cosechados en Bielorrusia y Nápoles, sumados a las ‘recientes calamidades’ y al ‘unánime consenso de casi todo el mundo cristiano’ hacían necesario restaurar la orden ignaciana en toda la Iglesia». En 1798, el rey de Nápoles, por influjo de María Carolina, hermana de la duquesa de Parma, solicitaba el restablecimiento de la Compañía. A la vez, Carlos IV permitía volver a los expulsos, «a los que pudieran costearse el viaje», apelando a la avalancha de emigrados a causa de la invasión de Italia por los revolucionarios franceses, aunque, en marzo de 1801, Godoy decidió expulsar a todos los que habían regresado, mandándoles acudir a los puertos de Barcelona, Valencia y Alicante, con destino a Italia «para tranquilidad de sus Estados». Los que habían vuelto ya no eran aquellos hombres recios, que en 1766 hubieran aceptado incluso el martirio; ahora, ante la inevitable «enfermedad de la decrepitud», se valieron de certificados médicos para evitar otro nuevo exilio, pretextando «toda una batería de hernias, fístulas, dolores reumáticos, vejigas dilatadas, ceguera, ‘vértigos tenebricosos’, contracción de nervios, retenciones de orina, sofocaciones, mal de piedra, ‘estar entorpecido sin dentadura alguna para poder masticar’,

vahídos frecuentes, (...) acompañados de dictámenes que predecían la muerte segura del paciente en caso de se hiciera a la mar».

El final del libro, capítulo 15, *A mayor gloria*, es también el final del periodo excepcional de la extinción y la persecución. Los ignacianos recuperan todo su poder en la Europa de la restauración del absolutismo, de la alianza del trono y el altar, una fórmula en la que ellos habían sido verdaderos maestros. Giménez sintetiza con maestría, usando los propios argumentos ignacianos una vez más, la resignificación de todo lo que tuvieron en contra 50 años antes. Aquellos monarcas que les oprimieron con tanta saña solo estaban engañados, como aquellos papas, los Clementes, inducidos al error por la poderosa conjura secreta que había sumido a Europa en la gran tempestad: eso era la revolución y estaba anunciada, todos habían padecido el castigo de Dios. El propio papa había sido víctima de la violencia del monstruo Napoleón, como los santos padres jesuitas, que volvían triunfantes a defenderle y a defender la Religión, ahora, como siempre, contra nuevos enemigos. Cabía esperar en muchos el arrepentimiento, como ocurrió con Olavide y su «filósofo desengañado» de *El Evangelio en triunfo*. El *Genio del cristianismo* de Chateaubriand reflejaba el cambio de mentalidad en la mismísima Francia napoleónica. Todo volvía a su ser, mientras España –cuyos monarcas y ministros eran ahora los responsables principales de haber mantenido la monstruosa persecución– era castigada con una desoladora guerra. Fernando VII, nieto del engañado Carlos III, pedía al papa en 1814 el regreso a España de la Compañía. Los jóvenes iban a ser educados, de nuevo en toda Europa, en la «buena doctrina»: eso es lo que decían los ayuntamientos, los prelados y las diversas instituciones españolas en las solicitudes enviadas al *Deseado* (pronto indeseable) monarca restaurador.

El libro de Giménez se abre con un *motto* de Gracián, «la muerte para los jóvenes es naufragio y para los viejos llegar a puerto», pero el díscolo jesuita aragonés también escribió: «Hay mucho que saber, y es poco el vivir, y no se vive si no se sabe». Para vivir y para saber, el autor de *Tempestad en el tiempo de las luces* y de tantos otros libros y artículos nos ha regalado su obra maestra. *Vivat, crescat, floreat*.